



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN FAMILIAR

ETAPA III

LOS PELIGROS QUE HAY QUE EVITAR

Tema IV: Los peligros que hay que evitar

Acechan a la fidelidad matrimonial una serie de peligros o amenazas, que es necesario desenmascarar y combatir sin desfallecer. Como consecuencia del desorden causado por el pecado de "los orígenes", esos riesgos acompañan constantemente el existir del ser humano sobre la tierra, con manifestaciones muy particulares en la relación del hombre y la mujer en el matrimonio. Cabe recordar, entre otros peligros contra la fidelidad conyugal:

Una idea equivocada del amor matrimonial;

El afán de dominio en la mutua relación;

La falta de lucha por superar las dificultades;

La imprudencia en las relaciones sociales y laborales; etc.

— Una idea equivocada del amor matrimonial. Con mucha frecuencia el amor se identifica con el sentimiento; y el amor matrimonial con la atracción. El amor verdadero, en cambio, no es un mero sentimiento poderoso, es una decisión, una promesa: su sello de autenticidad es la donación, entrega. El sentimiento, por su propia naturaleza, es efímero: comienza y desaparece con facilidad. Perder esto de vista o no haberlo comprendido origina muchos problemas matrimoniales, cuando la atracción y el sentimiento van quedándose atrás. Por eso, hay que evitar idealizar a la otra persona como si ya fuese perfecta o "una santa", como si fuera imposible que tuviera defectos.

—El afán de dominio en la mutua relación. El primero y principal enemigo de la felicidad conyugal es la soberbia, una de cuyas manifestaciones es el afán de dominar a los demás, en este caso al propio cónyuge. Se puede llevar a cabo de muchas y variadas formas: no escuchando, intentando imponer el propio parecer en asuntos opinables, procediendo con hechos consumados en la administración de las cuestiones que son comunes a los dos, etc.

Se puede y se debe implicar al cónyuge, por ejemplo, en las tareas del hogar. Pero se deberá estar atentos para no caer en victimismos (con quejas continuas que hacen poco atractivas la relación común y la vida del hogar) o en actitudes reivindicativas (que pueden responder a verdaderos derechos), pero que se compaginan difícilmente con el amor. No sería razonable la actitud de la mujer, que se tradujera en presentar al marido hechos consumados como la decoración de la casa, compras u otros aspectos, con la excusa de que se carece de la sensibilidad o del gusto necesario para que se le tenga en cuenta. Tampoco lo sería el proceder del marido que reclamara para sí una posición de dominio absoluto, manifestada, por ejemplo, en que hubiera que pedirle permiso para todo -sin que él lo pida a nadie-, en que hubiera que rendirle cuentas de todo sin que él tuviera que rendir a nadie, o en tomar a su mujer simplemente como una instancia de consulta reservándose siempre para sí la decisión y sin tener que dar razón de ella.

—La falta de lucha por superar las dificultades. Vivimos en una sociedad cómoda en la que es dominante la mentalidad que lleva a huir de los problemas, en vez de afrontarlos y resolverlos. Lo que se pide a la vida es que todo salga sin esfuerzo. Es evidente, sin embargo, que la realidad no es esa, según la experiencia demuestra claramente.

El verdadero amor se manifiesta no tanto en encontrar una especie de sintonía perpetua lograda sin esfuerzo, como en una lucha por superar los obstáculos que se interpongan para conseguir la concordia y aumentar más la unión. "Tendría un pobre concepto del matrimonio y del cariño humano quien pensara que, al tropezar con esas dificultades, el amor y el

contento se acaban. Precisamente entonces, cuando los sentimientos que animaban a aquellas criaturas revelan su verdadera naturaleza, la donación y la ternura se arraigan y se manifiestan como un afecto auténtico y hondo, más poderoso que la muerte”.

En los matrimonios esa falta de lucha por superar las dificultades en sus mutuas relaciones se manifiesta no sólo en las desavenencias y rupturas matrimoniales, sino en el distanciamiento y falta de comunicación aunque se mantenga la convivencia. Y sobre todo, en las discusiones y disputas. Es necesario hacer un esfuerzo por evitarlas, lo que pone en juego una multiplicidad de virtudes: la fortaleza –dentro de ella, sobre todo la paciencia–, la humildad, etc. Es así como se conseguirá muchas veces evitar esas disputas.

– La imprudencia en las relaciones sociales y laborales. Se dan también circunstancias que pueden poner en peligro la felicidad matrimonial. El ambiente laboral y social facilita en ocasiones un tipo de relaciones que pueden resultar a veces agresivas para la fidelidad matrimonial (se comparten muchas cosas, frecuentes viajes, comidas de trabajo, etc. que pueden llevar a un excesivo compañerismo, camaradería, provocaciones...). Es necesario ser prudentes y poner los medios oportunos: la guarda del corazón, evitar hacer o recibir confidencias... y sobre todo fomentar el trato y el diálogo con el propio cónyuge (buscar tiempo, planes familiares, etc.).



Compromiso de individual, mejor de pareja

Puesta en Común

- ¿Qué peligros o amenazas, señalados en el texto, ponen en peligro la infidelidad conyugal?
- ¿Se puede identificar amor con sentimiento? ¿Qué es uno y qué es otro?
- ¿Qué piensas del machismo y del feminismo?
- La sociedad de hoy día, ¿nos prepara en la lucha por superar las dificultades? ¿Tiene peligro la no preparación para la lucha por ser fiel?
- El trabajo y las relaciones sociales, ¿pueden llegar a ser peligro para conservar la fidelidad y por qué?
- ¿Qué medios naturales hay que poner para conservarse fieles en nuestro matrimonio?
- ¿Qué medios sobrenaturales debemos poner para ser fieles en nuestro matrimonio?
- ¿De qué forma la comunicación y el diálogo favorecen la fidelidad?
- ¿De qué forma el mutuo respeto favorece la fidelidad?



Compromiso de grupo

Oración

Hch 8, 1-8



¹En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén, y todos, salvo los apóstoles, fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria. ²Unos hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él. ³Saulo, por su parte, asolaba la iglesia; entrando casa por casa, arrastraba a hombres y mujeres y los enviaba a la cárcel. ⁴Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio. ⁵Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo. ⁶La gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía, ⁷pues de muchos que tenían espíritus impuros, salían estos lanzando gritos; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; ⁸así que había gran gozo en aquella ciudad.

Papa Francisco

'La Iglesia no es una niñera'. La Iglesia no debe ser como "una niñera que cuida al niño para que se duerma". Si así fuera, sería una "Iglesia adormecida". Quien ha conocido a Jesús tiene la fuerza y el coraje de anunciarlo. Del mismo modo, quien ha recibido el bautismo tiene la fuerza de caminar, de ir hacia adelante, de evangelizar. Y "cuando hacemos esto la Iglesia se convierte en madre que genera hijos", capaces de llevar a Cristo al mundo.

Tras el martirio de Esteban, estalló una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Hemos leído en el libro de los Hechos de los Apóstoles (8, 1-8) que la Iglesia estaba completamente tranquila, completamente en paz, la caridad entre ellos, las viudas eran atendidas. Pero luego llega la persecución. Este es un poco el estilo de la vida de la Iglesia: entre la paz de la caridad y la persecución». Y esto sucede porque esta, fue la vida de Jesús. Tras la persecución, todos huyeron excepto los apóstoles. Los cristianos en cambio "se fueron. Solos. Sin presbítero. Sin obispos: solos. Los obispos, los apóstoles, estaban en Jerusalén para hacer un poco de resistencia a estas persecuciones".

Sin embargo los que huyeron "fueron de lugar en lugar, anunciando la Palabra". Justo sobre estos centra la atención. Ellos "los que huyeron dejaron su casa, llevaron consigo quizá pocas cosas; no tenían seguridad, pero fueron de sitio en sitio anunciando la Palabra. Llevaban consigo la riqueza que tenían: la fe. Aquella riqueza que el Señor les había dado. Eran simples fieles, apenas bautizados desde hacía un año o poco más, quizá. Pero tenían el coraje de ir a anunciar. ¡Y les creían! ¡E incluso hacían milagros! "Muchos endemoniados expulsaban espíritus impuros, dando grandes gritos, y muchos paralíticos y lisiados fueron curados".

Y al final "¡hubo gran alegría en aquella ciudad!". Había ido también Felipe. Estos cristianos --cristianos desde hacía poco tiempo- tuvieron la fuerza, el coraje de anunciar a Jesús. Lo anunciaban con las palabras, pero también con su vida. Suscitaban curiosidad: "Pero... ¿quiénes son estos?". Y ellos decían: "Hemos conocido a Jesús, hemos encontrado a Jesús, y lo llevamos". Tenían solo la fuerza del bautismo. Y el bautismo les daba este coraje apostólico, la fuerza del Espíritu".

«Pienso en nosotros, bautizados, si tenemos esta fuerza. Y pienso: "¿Pero nosotros, creemos en esto? ¿Que el bautismo sea suficiente para evangelizar? O esperamos que el cura diga, que el obispo diga... ¿Y nosotros?"». Demasiado a menudo, la gracia del bautismo se deja un poco aparte y nos encerramos en nuestros pensamientos, en nuestras cosas. "A veces pensamos: "No, nosotros somos cristianos: hemos recibido el bautismo, nos hemos confirmado, hemos hecho la primera comunión... y así el carnet de identidad está bien. Y

ahora, dormimos tranquilos: somos cristianos". Pero "¿Dónde está esta fuerza del Espíritu que te lleva adelante?».

« ¿Somos fieles al Espíritu para anunciar a Jesús con nuestra vida, con nuestro testimonio y con nuestras palabras? Cuando hacemos esto, la Iglesia se convierte en una Iglesia Madre que genera hijos», hijos de la Iglesia que testimonian a Jesús y la fuerza del Espíritu. «Pero, cuando no lo hacemos, la Iglesia se convierte no en madre, sino en Iglesia niñera, que cuida al niño para que se duerma. Es una Iglesia adormecida. Pensemos en nuestro bautismo, en la responsabilidad de nuestro bautismo».

He aquí la gran responsabilidad de los bautizados: «Anunciar a Cristo, llevar adelante la Iglesia, esta maternidad fecunda de la Iglesia. Ser cristiano no es hacer una carrera para hacerse un abogado o un médico cristiano; no. Ser cristiano es un don que nos hace ir adelante con la fuerza del Espíritu en el anuncio de Jesucristo».

Nuestra Señora, quien siempre acompañó a los cristianos con la oración cuando eran perseguidos o dispersados. «Oraba mucho. Pero también les animaba: "¡Id, haced...!"». "Pidamos al Señor la gracia de convertirnos en bautizados valientes y seguros de que el Espíritu que tenemos en nosotros, recibido por el bautismo, nos impulsa siempre a anunciar a Jesucristo con nuestra vida, con nuestro testimonio y también con nuestras palabras».

SALMO 66

¹ Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra.
² Cantad la gloria de su nombre;
dadle la gloria con alabanza.
³ Decid a Dios: « ¡Cuán asombrosas son tus obras!
Por la grandeza de tu poder se someterán a ti tus enemigos.
⁴ Toda la tierra te adorará
y cantará a ti;
cantarán a tu nombre».
⁵ ¡Venid y ved las obras de Dios,
las cosas admirables que ha hecho por los hijos de los hombres!
⁶ Volvió el mar en tierra seca;
por el río pasaron a pie.
Allí en él nos alegramos.
⁷ Él señorea con su poder para siempre;
sus ojos atalayan sobre las naciones;
los rebeldes no serán enaltecidos.

Como Cristo nos enseñó rezamos: **Padre Nuestro**